

HISTORIAS DE LA MILI

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

Amigo lector: yo he sido - lo confieso - un excedente de cupo. Es decir: me libré de la "mili". ¡Vaya chollo!, dicen los de mi quinta. Y yo, historiador a medias, les respondo que nunca ha sido precisa toda la población varonil para salvar a la patria. Antes de matar por ella es preciso que viva o sobreviva. Con el hierro se fabrican lanzas y escudos, pero también yunques y arados. O, a veces, campanas de melodiosa voz. Las familias a la vieja usanza - tres hijos - lo tenían claro: un hijo, para la Iglesia; otro, al ejército. Y el tercero, el más tonto o infeliz, a las faenas del campo. Como el buey y el asno. Este es el que pecha con los gastos de los demás. Eso, claro está, mientras haya paz. Durante la guerra unos pierden y otros ganan. Los ejércitos victoriosos suelen repartir el botín y llenar las botas de mucha gente. Alcibíades excitaba la osadía de los jóvenes inflamando con ardor su codicia para llevar a cabo la conquista de Sicilia.

Pero Atenas, como Roma, rara vez combate hasta perder el último soldado. Se precisan tropas de refresco. Una fracción del ejército no entra en batalla. De dicha costumbre procede nuestro vocablo "quinto". Solamente va al frente una quinta parte de la población capaz de empuñar las armas. El resto queda en barbecho, a la espera de ser llamado si hiciere falta.

Es la misma suerte quien decide los que sobran, hasta nueva orden, del cupo combatiente. Pericles, en la batalla de Samos, dividió el ejército en ocho partes y las sorteó. Para elegir el ochavo vacante se usaba un haba blanca metida en una bolsa. Quienes sacaban el haba pasaban un día "en blanco". Ahora bien, el ocio era relativo. Probablemente los afortunados tenían que pasar también la noche de color albo, aguardando el alba como vigías o centinelas. En la imaginaria, sin sueño, se deja volar la fantasía.

Pero no solamente la suerte podía librar al ciudadano joven de una guerra. La milicia no es demasiado buena para la molición. Se criticaba a cierto general ateniense porque había hecho instalar en las galeras un lecho muelle, colgado en fajas como una hamaca, en vez de dormir sobre las duras tablas. Esto era una señal de lujo y afeminamiento.

Era comprensible, pues, que muchos jóvenes, una muchachada, pensara en la forma de escaquearse del servicio. Y, a veces, contaban incluso con la complicidad paterna. El astrólogo Metón, fingiéndose loco, quemó su propia casa. Pero a la mañana siguiente, ya recuperado el juicio, se presentó a la asamblea para solicitar que por esa desgracia se dejara al hijo libre de acudir a la guerra. Seguramente muchos empresarios han obtenido inspiración de aquella astucia con propósitos menos laudables.

En cierto vaso griego puede verse pintado un guerrero montado a caballo con una lanza. La figurita humana, oculta tras un escudo gigante, aparece notablemente desproporcionada respecto a su caballería. Sin duda se trata de un acierto estético del artista. Ahora bien, bajo ese estilo creemos oír también la voz punzante de un padre queriendo salvar la vida de su hijo: ¡Pero si es aún sólo un niño!

Y, en efecto, aquella imagen nos parece, bien mirada, un muñeco de juguete y la guerra de Troya una mentira tan piadosa como la aspiración de derribar a un tirano de Oriente - ¡uno más! - para quedarnos con todos sus barriles de cerveza negra.



HELÉNICAS

Junofonts



Junofonts